



SECCIÓN MONOGRÁFICA



EL MEDIEVO NO HA DEJADO DE SER METÁFORA DE COMPARACIÓN: ENTREVISTA A REBECA SANMARTÍN BASTIDA (UCM)



Rebeca Sanmartín es Catedrática de Literatura Española en la Universidad Complutense de Madrid. Su actividad de formación y académica se ha desarrollado en tres centros: el CSIC, la Universidad de Manchester y la Universidad Complutense. Además, ha sido Visiting Scholar en Harvard y Profesora Visitante en las Universidades de Queen Mary (2008), Nottingham (2014), Trento (2016), Nova de Lisboa (2020) y Sorbonne (2022).

Su trabajo se ha centrado en los siglos XIX y XV-XVI, aunque también se ha adentrado en el XX. Esta actividad ha estado guiada por la indagación en el imaginario literario, a partir del cual ha planteado una revisión del entendimiento del medievalismo de la segunda mitad del siglo XIX. Los interrogantes, de carácter interdisciplinar, se han dirigido después a las técnicas de representación presentes en el Bajo Medioevo, especialmente desde los conceptos de teatralidad

y performatividad, en sus estudios sobre el ritual de la muerte y, en los últimos años, del fenómeno visionario femenino. En la actualidad dirige un proyecto de investigación nacional que edita las vidas de las visionarias del fin del Medioevo con fama de santidad en un catálogo wiki, el Catálogo de Santas Vivas.

Sobre el medievalismo decimonónico Sanmartín Bastida ha publicado numerosos artículos en revistas de reconocido prestigio, dos volúmenes colectivos (con Julio M. M. Ortega, *Visitando la Edad Media: Representaciones del Medioevo en la España del siglo XIX*, Fundación Amantes de Teruel, 2009; *Pasados apropiados: El medievalismo del siglo XIX*, Nausicaä/Institut d'Estudis Medievals de la UAB, 2013), el estudio monográfico *Sobre la representación del pasado, Emilia Pardo Bazán y la controvertida vida del Medioevo* (Universitat de les Illes Balears, 2005) y, su contribución más importante, el libro *Imágenes de la Edad Media: la mirada del Realismo*, publicado en el CSIC en 2002.

A pesar de su amplia trayectoria al respecto, me va a permitir la licencia de empezar la casa por el tejado. Recientemente, definía, junto a Ana Rita Soares, el término Medievalismo en el *Diccionario Hispánico de Tradición y Recepción Clásica* (ed. Francisco García Jurado, Guillermo Escolar, 2021, pp. 484-492). ¿Cómo podemos sintetizar el término y por qué se imponía definirlo?

Es importante intentar definirlo (si es que se puede) porque la palabra medievalismo plantea varias cuestiones por su significado diverso. En general, este término se ha solido a entender en tres sentidos: el estudio de la Edad Media; la aplicación de modelos medievales a las necesidades contemporáneas; y la inspiración en el Medioevo de las formas del arte y del pensamiento. El tipo de medievalismo que se impone en las Humanidades está relacionado con el primer sentido de esta palabra, es decir, con los estudios que han creado la Edad Media que conocemos hoy día. También hay que decir que muy acertadamente el medievalismo actual abarca una amplia gama de campos: desde las disciplinas académicas a manifestaciones culturales como la literatura, el arte, la política, la música o la religión. Si hablamos de cómo ha sido el medievalismo de una época me parece necesaria la perspectiva interdisciplinar, que no olvide, por ejemplo, el marco social de lo artístico ni la dimensión artística de la historia.

Por otro lado, investigadores como Umberto Eco han propuesto una visión de los años actuales como los de una *nueva* Edad Media, con la preeminencia de lo visual (que ilustran muy bien los Visual Studies) y la caída de la lectura y de la imprenta; con comunidades cerradas dedicadas al trabajo académico como lo eran los monasterios medievales. Es decir, el Medievo no ha dejado de ser metáfora de comparación para entendernos a nosotros mismos.

Ahora sí, volvemos al principio. Usted se doctoró precisamente abordando la literatura, el arte, el pensamiento y la filología de la segunda mitad del siglo XIX. ¿Qué quedaría por hacer en la literatura decimonónica desde los estudios en medievalismo?

Yo trabajé en la época del Realismo, que es la gran olvidada en cuanto a los estudios medievalistas se refiere. Tal como estaba escrita la historia, parecía que de la noche a la mañana un escritor se había ido a la cama embaucado por el imaginario del Medievo y se había levantado al día siguiente olvidándose de este atractivo pasado (hablo aquí de la ficción más que de otra cosa). El XIX nunca se olvidó del Medievo, pero fue transformando su imagen de acuerdo con los parámetros estéticos e ideológicos de su constructor/a. El Medievo conformado a través de discursos históricos, literarios, filosóficos, artísticos, en suma, el Medievo que dibujan o delimitan sus creadores nos dice más de estos que de la época que inventan. El darse cuenta de la importancia de quién mira y no solo del que es mirado es la gran hazaña del Nuevo Medievalismo.

En cuanto a los estudios del Romanticismo, creo que es necesario seguir dando *pasos atrás* para distanciar nuestra mirada porque todavía tenemos mucha influencia romántica en nuestro modo de apreciar el mundo (se ve en nuestra constante pasión por la búsqueda de la originalidad, el elixir mental de la juventud o, ahora desde la cultura de la cancelación, la indisolubilidad vida-literatura). Creo que hace falta seguir relativizando para entender mejor las raíces del Medievo romántico.

¿Qué imaginario, estructuras, tópicos se mantienen en la narrativa más reciente? Y, claro, como complemento, ¿qué sería, para el medievalismo, “compendio de la posmodernidad”, como ha querido definir en trabajos recientes?

Con la Posmodernidad vuelve a atraer lo grotesco, el exceso. Y me gustaría conectar todo esto con la visión de la historia de Eugenio D'Ors. Desde el punto de vista del contenido, desde finales de los 70 los historiadores se acercan a lo liminal, y la alteridad atrae. Y esto ha afectado al tratamiento del Medievo, porque desde la segunda mitad del siglo XIX los historiadores habían intentado integrar la Edad Media dentro de la historia progresiva y racional que se venía creando. El siglo XII se exaltó como el de nacimiento del individualismo, como si adelantara el descubrimiento del hombre que trae el Renacimiento; todo desde una ideología liberal que marcó la mirada. Pasó lo mismo con otros valores ideológicos, democráticos. Sabemos por Norman Cantor, en *Inventing the Middle Ages* (1991) y por el rompedor libro *The New Medievalism* (1991), de Kevin Brownlee, Stephen G. Nichols y Marina Scordilis Brownlee, que los medievalistas americanos buscaban sus raíces históricas en el Medievo para hacerlo más accesible a un país que no había contado con esta parte de la historia. También, que todo dependía del prisma por donde se miraba, que no se recuperaba la verdad del pasado sino la imagen que producía, interesadamente, quien narra el pasado, como ya he comentado antes.

Pero cuando ya no se cree en la continuidad de la historia, en la coherencia del discurso, que ha desmontado el Nuevo Historicismo que nos muestra la historia como narración, creo que el descentramiento de la historia medieval ha sido clave por el consecuente desmantelamiento del discurso oficial. La historia ya no es una tradición ni es continua, sino que tiene divisiones y límites y esto tiene como principal consecuencia que la metaficción historiográfica se convierta en una seña de la posmodernidad. En este sentido, las repercusiones son muy diversas porque no solo porque el foco y la temática es otro, sino porque esta mirada ha modificado también la forma, el estilo, no ya solo el contenido.

La opacidad en la escritura que "defiende" Jacques Derrida se busca en la medieval. Ya no se trata de aclarar, sino de resaltar la oscuridad. Ya no se trata de convertir al Medievo en un periodo racional, como ha hecho desde la aparición del Positivismo: hay una corriente que reivindica su exceso, su vuelta a la estética de lo irracional que ya estaba presente en la mirada romántica.

Si en el siglo XVIII el tachar al Medievo de época oscura había traído descrédito al periodo, ahora sucede todo lo contrario, lo hace más atractivo. Y

precisamente esto conecta el siglo XIX, que a mí tanto me ha interesado, con la época actual. La historia de las mentalidades y ahora la de las emociones han sido importantes para ese sentido del pasado discontinuo, roto. La desmodernización del proyecto modernista ha afectado así al estudio de la Edad Media. ¿Y qué pasa en la Posmodernidad? Que regresa con fuerza lo grotesco. Y que interesa el incesto, la castración, la tortura, la autopsia, el cuerpo deforme, la supuesta irracionalidad infantil, la heterodoxia. Se estudia la patología de la cultura una vez asumido que tal vez los estudios medievales sean en parte patológicos. Esto lo han mostrado Paul Freedman y Gabrielle Spiegel en un trabajo —para mí es un clásico— que publicaron en 1998. Y en la escritura, interesa la glosa y la variante, lo discontinuo, la exótica imagen de los márgenes que descubrieron Michael Camille o Jurgis Baltrusaitis. Los nuevos intereses, como vieron Freedman y Spiegel, vienen de la mano de los Cultural Studies, que ofrecen una manera de leer el texto como exploración y no como la fuente de una verdad, porque están alertas a la antigua inercia totalizadora de los discursos históricos. La visión de la Edad Media se ha hecho entonces más patológica. Y las corrientes postmodernas enfatizan la diferencia con lo moderno, progresivo, racional, autoconsciente o canónico. Algunos verán la Edad Media con la misma sospecha profunda del orden, la jerarquía, la autoridad y el patriarcado que habían caracterizado su más temprano análisis. Y aunque aún se desea historiarla y comprenderla se ha producido ya una pérdida irreparable en la confianza de que se puede hacer o de una posible continuidad en la historia. Ya no son negativos los cargos de oscurantismo, vacua virtuosidad técnica o falta de racionalidad. El feudalismo es positivo como muestra de un exceso. La historia presente influye en la visión del Medievo porque cuando el concepto *estado* deja de ilusionar se aborda de manera distinta la historia.

Y aquí me gustaría introducir brevemente, para explicarme mejor, la visión cíclica de la historia que defendió Eugenio D'Ors en un libro que ha quedado obsoleto, *Lo barroco*, publicado en 1935. D'Ors habló de periodos cíclicos: para él la irracionalidad y el panteísmo dinamista eran propios de lo barroco y de la Modernidad, y lo barroco era una constante opuesta a lo clásico. El barroco, argumentó D'Ors de una manera un tanto *mística*, era un estado del alma que aparecía en diversas estaciones de la civilización. D'Ors profundizó en esa dicotomía

binaria a través de la oposición nietzscheana entre lo apolíneo y lo dionisiaco, aplicándola al barroco y al clasicismo. En general, para D'Ors hay una doble tendencia en la naturaleza humana: una que lleva a discernir, discriminar, jerarquizar y ordenar en relaciones, y otras que conduce al desorden, la anarquía, a la falta de unidad, la confusión y la amalgama. Siguiendo la dicotomía de D'Ors, podríamos decir que el exceso del que hablo estuvo en el manierismo del siglo XV, en el Barroco del XVII, en el Romanticismo, el Parnasianismo del XIX y el Modernismo del siglo XX; y vuelve con la Posmodernidad, como nos muestra el Neobarroco que teoriza Omar Calabrese y que se une al Neomedievalismo a través del exceso. ¿Por qué digo esto? Porque la mirada al pasado se ha impregnado en ciertos géneros de un exceso que se despliega de manera muy teatral.

Y ya que es usted también especialista en su figura, ¿por qué le puede interesar al siglo XXI, por ejemplo, la figura de Pedro I? ¿El Cruel o el Justiciero? Tiene un tratamiento amplísimo, ¿por qué esa carencia de estudios?

Bueno, lo que he comentado anteriormente: es especialmente visible en el teatro, como nos muestra Agustín García Calvo en su *Baraja del rey don Pedro* o Miguel Romero Esteo en sus recreaciones de *Tartessos*. Estos dramaturgos desdibujan a propósito, lúdica y ambiguamente, un pasado remoto que se conecta con el exceso, en una línea que también han seguido cineastas y autores de series televisivas. Se trata del mismo gusto por lo grotesco, lo excesivo y lo cruel. Y esto me conduce a ese personaje muy querido por mí que menciona, y que me sirve para demostrar esos periodos cíclicos que llevan al nuevo Medievo al exceso. Porque Pedro el Cruel representa el exceso y es un personaje que nos permite transitar épocas por su diferente retrato. Don Pedro fue excesivo en el Medievo, se *raciocinó* un poco con su defensa en el XVI, retornó al exceso con el Romanticismo, se apaciguó con los historiadores positivistas, pero de nuevo volvió por sus fueros en la época contemporánea porque, en las marcadas por el exceso/barroco/grotesco, Don Pedro resurge como personaje teatral y extravagante. Nada que ver con las épocas de reivindicación del raciocinio. Don Pedro nos sirve entonces para entender la Posmodernidad y el Neomedievalismo; por eso creo que debemos seguir teniéndole en cuenta.

Ya nos dijo Paul Freedman que las nuevas tendencias nos recuerdan la fascinación romántica y antimoderna del medievalismo. La Posmodernidad subvierte los periodos canónicos de la modernidad como el Renacimiento, al tiempo que para épocas como el Medievo reafirma la antigua tradición de lo grotesco (en la línea de Bakhtin), y el carácter supuestamente intolerante del Medievo, una irracionalidad oscura que la opinión popular nunca había abandonado del todo (y quiero recordar aquí que en la Posmodernidad hay una vuelta al gusto popular, ya no considerado degradado, porque los estudios culturales eliminan las diferencias entre la alta y la baja cultura). Esta vuelta a una creencia popular (que en el caso de Don Pedro ha sido una vuelta a su personaje de romancero) se ve esta vez acompañada de la crítica académica, lo cual, como he dicho al comienzo, ha llevado a cabo un giro radical en su aproximación hacia la historia del Medievo.

En suma, desde el contenido, la temática, la aproximación a los textos, el arte y la literatura, el Medievo posmoderno se nutre del exceso. Yo ahora lo he vinculado a un tiempo cíclico, siguiendo a Eugenio D'Ors, y creo que esto conecta con la negación de lo teleológico que es esencia de la Posmodernidad. Don Pedro ha sido solo un ejemplo más.

Por cierto, no plantearía ahora si Don Pedro es Cruel o Justiciero sino qué denota esta fiebre de clasificación del *archivo*, muy en la línea *derrideana*... Desde la escritura lúdica de Agustín García Calvo, Don Pedro, por ejemplo, podría entenderse como el catalizador de una energía iconoclasta que derriba de un golpe el archivo y las categorías hegemónicas.

Ya desde un punto de vista personal, le doy este apunte: yo nunca me he dejado de interesar por Don Pedro y de un modo u otro ha vuelto a mi vida. Hace pocos años, en la primera hagiografía de la que disponemos de una de las visionarias que trabajo en mi proyecto de investigación (que vive entre el siglo XIV y el XV) me encontré con que allí se nos cuenta que esta mujer tuvo que escapar de él porque le “acosaba”. Lo cierto es que me ha hecho gracia el hecho de que, de una forma u otra, ese personaje, que me interesó desde que de pequeña mi padre me leía la crónica de Pero López de Ayala, vuelva a mi vida.

¿Qué perspectivas puede tomar ese estudio del “Medievo después del Medievo” en las letras españolas?

Creo que el Medievalismo después del Medievalismo, o yo diría después de la moda y éxito del Nuevo Medievalismo, deja en pie nuevos desafíos. Es bueno que esta corriente ya no esté tan de moda porque cuando se pasan las modas es cuando mejor podemos entender las cosas. Habría que someter también, en este sentido, al Nuevo Medievalismo y al Neomedievalismo (con sus diferentes matices, el primero centrado en lo académico y el segundo en lo artístico) a nuestra mirada desconfiada, qué nos dicen estas corrientes sobre la sociedad y los intereses actuales en la investigación. Pienso que las letras españolas van en esto a la par con las europeas, y en general occidentales, que recrean su propio pasado, desde la ironía, la distancia y el gusto por el exceso.

Otro tema es el enfoque feminista y LGTBIQ+, que conecta con estudios decimonónicos como el de la bruja de Michelet: la recuperación de figuras olvidadas y marginadas, la pretensión tan necesaria de dar voz al silenciado: ahí ya no hablamos tanto de planteamientos estéticos (aunque la estética ayuda en la tarea) sino de la preeminencia de posturas ideológicas, que, espero que se me permita decirlo, son necesarias. Desde el siglo XIX diferentes minorías (mujeres, homosexuales, judíos, esclavos de diferentes formas de feudalismos, musulmanes, heterodoxos, ancianos —entonces eran minoría—, etc.) se han ido reivindicando y reimaginando.